SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 4 DE MARZO DE 2001

Turismo | 12

Subterrestres

En Río Negro, una excursión turística al fondo de la mina de hierro de Sierra Grande.

La web pesca con mosca

¡Atención! La pesca con mosca se extiende en las páginas web. En www.irresistible.freeservers.com los pescadores encontrarán todo lo que hay que saber sobre las asociaciones de Pesca con Mosca en Argentina, desde los principales títulos de sus publicaciones hasta las notas especiales. También antiguas ediciones de revistas como *Roll Cast*, así como todos los Boletines Mosqueros. Y ya está en la página la historia de la Asociación de Pesca con Mosca del Neuquén y notas de su revista *Acción de Punta*. ¡Click!... y buena pesca.

Internet y el sur

San Martín de los Andes tiene una página web muy completa. En http://www.smandes.gov.ar el navegador encontrará toda la información turística de la ciudad y del gobierno local, y una guía de inversiones, reglamentaciones y ordenanzas muy útil para quienes proyecten alguna inversión en la ciudad. Diariamente se actualizan la información meteorológica, las novedades y los estados de las rutas que conducen a San Martín de los Andes. También, todo lo que es necesario saber sobre los alojamientos, tanto en cabañas, hoteles, apart hoteles, hosterías. Se puede buscar por comodidades, por estrellas o por precios, y una vez elegido el establecimiento sólo basta mandar un mail a través de la Central de Reservas. Y por supuesto, todos los circuitos turísticos, actividades, mapas, agencias de viajes, gastronomía, caza y pesca, flora y fauna, entre otra variadísima información.

COSTA ATLANTICA *Diversión en las dunas*

Pinamar en cuatro ruedas

En este verano que nunca se acaba, las playas de la costa argentina siguen convocando a los turistas. Y en Pinamar, además de gozar del mar y los pinares, los viajeros se divierten trepando y esquivando dunas montados en jeeps, cuatriciclos y camionetas. Crónica de una excursión a los saltos por el desierto de arena.



Contra viento y arena, el jeep acelera hacia las dunas.

TEXTOS: CRISTIAN ALARCON
FOTOS: DANIEL JAYO

Sergio Vallero, Pigui O'Really y Flavia Nafarrate son los orgullosos capitanes de un jeep de posguerra lleno de niños. Arrastran dos trineos cargados de nenes sobre la duna más grande del desierto de dunas de Pinamar, más allá del parador La Frontera, donde la ciudad comienza a ser una superficie sahariana. Los del jeep tienen treinta y pico, y pertenecen a viejas familias de veraneantes: se sienten herederos naturales de este paisaje que no se acaba en el horizonte. Deben ser las cinco de la tarde y el viento no parece tan cruel entre estas montañas de un marrón decaído y pulcro como lo es en la playa, hoy desierta de turistas. En la reserva dunífera al norte de la ciudad, invisible desde la costa, el tránsito es por momentos intenso. Lo que para estos iniciados es una vieja costumbre –y era para la mayoría una rareza– se convirtió en los últimos cinco años en la isla ideal para la pequeña burguesía del verano: esparcimiento barato y sólo para algunos. No debe haber un sitio en el que la regla sea más evidentemente exclusiva: alquilar un cuatriciclo a 50 pesos la hora, tenerlo, o manejar una camioneta que sale más de 15 mil. Aunque exista la lejana posibilidad de rodar sobre el jeep del 47, obviamente una excepción que confirma la regla.

El día está signado por el viento y la arena que potencian un calor desquiciado para las temperaturas medias de Pinamar. Pero en la cabina en la que viajamos el aire acondicionado produce esa sensación de cápsula poderosa desde la que todo montículo es posible de trepar sin padecer. Jugar a remontar, saltar y esquivar dunas es definitivamente divertido y como buen pasatiempo oneroso también es confortable. La camioneta es así la versión más familiar de móvil para vivir los médanos. Los pasajeros se baten atados a sus cinturones y escuchan una FM que insiste con Britney Spears. Con una curva cerrada se enciman a un lado, con la siguiente maniobra gritan y sienten un nudo en la panza cuando cruzan la cima de una duna y el piloto acelera en el descenso. "Todo depende del chofer que te toca. Algunos son muy sacados y saben, con ellos es mejor. Si no corrés el riesgo de tener un accidente, que los ha habido y muchos", dice Carolina Costa en un alto para mirar desde la base cómo practican Sunboard unos nenes que buscan velocidad pero resbalan apenas acostados boca abajo sobre sus tablas nuevas y relucientes.

–No me dejás tirarte para ver cómo es, quiero saber si es igual que en la nieve –le propone un rubio de unos 18 a los propietarios de las tablas, que no pasan de los 15.

Lo miran desconfiados y callan. Hasta que Leandro Albertazzi, el mayor, la entrega. El desconocido toma la tabla, regalo de la Navidad pasada, y se lanza con los pies firmes sobre ella. Aterriza mal, cayendo en el último tramo. Los pibes se ríen de costado. "Esto es como para hacer algo, porque no te llena", dice uno. Joaquín Volante se llama. El hace por lo menos seis años que conoce el lugar andando en cuatriciclos. Hace dos temporadas que la familia compró uno y en él deambula por el desierto, llevando a cada lado un amigo. ¿Acaso el chiste sea hacer picadas en la arena? "Lo que nos gusta son cosas más extremas.

DUNA TRAICIONERA

En el recorte de una duna inmensa hacia el norte avanzan tres siluetas. Son como beduinos persiguiendo un oasis. Intentando una maniobra para esquivar un montículo pequeño pero traicionero un cuatriciclo en el que va una parejita vuelca. Ellos caen de costado, uno sobre otro y riéndose del accidente se paran sacudiéndose la arena del cuerpo. El four truk quedó como una tortuga mirando el cielo. Entre los dos lo enderezan. El intenta arrancar nuevamente pero el motor hace un ruido estéril. Leo se acerca en auxilio. "No hay caso, no sé qué tiene", dice el chico ante el entrecejo fruncido de su novia. "¿Me llevan al lugar donde lo alquilamos?", pide desahuciado. Leo Bordalejo, el piloto de la camioneta que lleva a **Página/12**, interviene. Conecta un cable y logra el arranque. Gonzalo de Franco, 18 años, de Ituzaingó. y Melisa Artello, de 15, están encantados a pesar del accidente. "Es impresionante poder trepar a donde quieras aunque desde abajo te parezca imposible", dice ella, debutando en estas lides. "Lo que pasa –explica Gonzalo– es que si no la tenés clara terminás frustrándote. Yo he visto a pibes que se querían matar porque le habían volcado la camioneta cero al padre."



Como sobre las olas, los chicos saltan intrépidos sobre los médanos.

Correr picadas no tiene gracia –estampa el chico en el prejuicio del cronista–. Con el cuatri se salta, se gira hacia un lado cuando llegás arriba de una duna, se dan trompos en el aire, se hacen varias cosas con el cuerpo que son mucho más divertidas", explica. Como en todo, hay experimentados y novatos. Los experimentados, en este rubro, suelen ser los más chicos. No es raro ver manejar uno de esos bichos ruidosos a un crío que hace muy poco llega con las zapatillas a los cambios.

Leo Bordalejo, uno de los coordinadores de Seguridad en Playa de la Dirección de Deportes local, es el chofer de la cuatro por cuatro que nos interna en el paisaje. ¿Hay muchos accidentes en las dunas? "No muchos", dice. Pero reconoce que la velocidad que toman los four truk puede motivar a los expedicionarios. "El que anda en cuatriciclo al principio siempre va tranqui. Lo que pasa es que son dos minutos. Al rato está a full, bandeado, con el acelerador al mango. A mí también me pasa", describe. Leo conduce con cierta pericia. No es fácil manejar una cuatro por cuatro en estos terrenos. De hecho una de las claves en las promociones que organizaron para este verano las empresas del ramo es el entrenamiento teórico y práctico de los nuevos pilotos frente a la arena. La marca Mitsubishi se instaló en el parador Pizza Banana y desde allí embarca a familias enteras y grupos de amigos para llevarlos a vivir una travesía. Son hileras de camionetas que hacen un recorrido establecido para mostrar las bondades y la fuerza de los motores. Es lo mismo que proponen para todos los sábados a la tarde los integrantes de la primera asociación de cuatro por cuatro de Pinamar, de la que Leo es miembro activo y uno de los fundadores.



Una trepada a fuerza de piernas y no de motor. Atrás, la imagen parece una pista de esquí.

Los O'Really y los Vallero son de los que le encuentran otro sabor a este paisaje. Lo de ellos no se limita a la travesía simple. Conocen las dunas y hasta podrían bautizarlas si quisieran, después de haberlas visitado durante años. En el recodo de aquella que asoma a la izquierda se juntaban a tomar cerveza y jugar a los naipes cuando los fines de semana el lugar era de verdad desértico. Dicen que las dunas son mejores de noche. El horario ideal de los conocedores es la amanecida y su preámbulo, desde las cinco. A esa hora, adentrándose unos kilómetros en los médanos, se ve una especie de valle que no es otra cosa que el bosque de pinos que hace unas semanas casi se quema entero. Y en una planicie se divisa el parador para cuatro por cuatro que se inauguró este año. Los que eligen lo exclusivo tienen también dónde acodarse para tomar un trago, saciar la sed y hacer sociales con los turistas "bien" de la temporada pinamarense.

Noticiero

Turistas en movimiento

El movimiento de turistas en el país y en el extranjero durante enero y febrero fue de 9.070.555, lo cual significa un crecimiento del 5,76% respecto al año pasado. Así lo informó la Secretaría de Turismo de la Nación después de la evaluación que realizó sobre la base de los datos suministrados por Gendarmería Nacional, la Dirección Nacional de Migraciones y organismos provinciales y municipales de Turismo. El impacto de este movimiento turístico sobre los servicios registró buenos niveles de ocupación en alojamiento hotelero y extrahotelero, con un promedio de 67,4 % en el período enero-febrero. Asimismo, el informe destaca que sigue firme la tendencia de los argentinos en la elección de destinos no tradicionales como Tafí del Valle, Ushuaia, Las Grutas, Merlo de San Luis, El Bolsón, El Cóndor y Playas Doradas en la provincia de Río Negro. Los destinos con mayor crecimiento en llegadas de turistas y ocupación fueron: Córdoba, El Calafate, Ushuaia, Villa La Angostura, Villa Gesell, Pinamar y Miramar. En cuanto a viajes al exterior, la salida de argentinos a Brasil distó mucho del 1.800.000 que habían previsto las autoridades brasileñas al comienzo de la temporada 2001. En enero y febrero el total fue de 411.003 personas. Por su parte, el presidente de la Asociación Argentina de Agencias de Viajes y Turismo (AAAVYT), Marco Palacios, destacó que las ventas de paquetes a Brasil durante febrero cayeron un 40%.

Error, error

En la edición del domingo pasado –y por esos apresuramientos de días de cierre– se rebautizó el apellido del autor de la nota de contratapa sobre Cayo Largo. Pedimos disculpas a Juan Pablo Bermúdez, esperamos una nueva colaboración con su firma y prometemos que nunca más lo llamaremos Bernárdez.

POR JULIAN VARSAVSKY

Trekking

Más de 22.000 turistas al año llegan a Sierra Grande para visitar la mina de hierro que alguna vez fue la mayor de Sudamérica. Un descenso a 70 metros bajo tierra por túneles y escaleras a lo largo de 3 kilómetros. El circuito de aventura incluye bajadas en rappel por túneles verticales, una travesía en balsa por un río subterráneo, y estruendosas explosiones.


El túnel donde el techo se ha derrumbado. Un gigantesco agujero a cielo abierto.

"Desde el socavón de la mina de Sierra Grande empezará la Revolución Productiva que se extenderá por toda la Patagonia", dijo "in situ" el entonces candidato Carlos Menem durante la campaña presidencial de 1988. Hay quienes arriesgan que todo el devenir político de la década del '90 estuvo signado por un error de cálculo en alguna prueba minerológica allí dentro. Lo cierto es que tiempo después, las minas fueron terminantemente clausuradas. Hoy en día, las minas abandonadas se han convertido en un particular destino turístico que atrae a más de 22.000 personas por año, dispuestas a vivir la experiencia de introducirse 70 metros bajo la tierra.

EL DESCENSO En la sede de la empresa Turismo Minero, en un extremo del pueblo, los preparativos son rigurosos. Debemos calzarnos cuidadosamente las botas, abrochar los botones del mameluco, probar la linterna del casco y guardar bien los guantes. Nos disponemos a realizar el circuito de aventuras (hay uno convencional que recorre lugares similares pero carece de la adrenalina del otro). El guía es muy meticuloso al hacer los nudos de las sogas, que deben estar bien ajustadas a nuestras piernas y cintura, para el descenso en rappel.

Un vehículo nos conduce hasta la mina a través de un paisaje vacío de la estepa patagónica, mezquino en vegetación. Una rampa baja hasta la boca de la mina, que vista desde afuera causa un poco de impresión. A medida que nos acercamos pareciera que vamos a ser tragados hasta el centro de la tierra, pero al entrar se disipan todos los miedos. El espacio es muy amplio –grandes camiones debían transitar por allí– y corren frescas corrientes de aire. Vamos por la arteria principal, que va descendiendo suavemente, mientras a los costados nacen los brazos subalternos que se excavaban a fuerza de dinamita (y no con pico y pala).

Luis, nuestro guía, amenaza con hacer explotar un cartucho de dinamita. Y efectivamente se dispone a hacerlo, pero aclara que se trata de una explosión de salva. Enciende una mecha que mantiene nuestra atención en vilo por unos instantes, y truena un estampido atroz que se va extinguiendo de a poco, como alejándose por las galerías.

Después de haber tensado nuestros tímpanos al máximo, el guía propone la experiencia opuesta: apagamos las linternas y guardamos un absoluto silencio en medio de una oscuridad sepulcral. La experiencia causa cierto pavor, y los latidos del corazón se aceleran. Pero enseguida nos acostumbramos y se expande por nuestro cuerpo un agradable sosiego que invita a prolongar ese instante por largo rato.

AVENTURAS SUBTERRANEAS Sin previo aviso, estamos caminando con el agua hasta las pantorrillas, casi al borde de la bota. Los mineros solían trabajar sobre pisos mojados para evitar que se levantara el polvillo que produce la silicosis (la enfermedad del minero). La mina se asemeja a un hormiguero gigante que escudriñamos con la ayuda de escaleras que suben y bajan. A la derecha nace una abertura que servía

Como lo imaginó Julio Verne: navegar en una balsa por un río subterráneo.


El guía-minero muestra los metales que se ven a simple vista: hierro, magnetita y pirita.

Trekking por los socavones

POR JULIAN VARSAVSKY

"Desde el socavón de la mina de Sierra Grande empezará la Revolución Productiva que se extenderá por toda la Patagonia", dijo "in situ" el entonces candidato Carlos Menem durante la campaña presidencial de 1988. Hay quienes arriesgan que todo el devenir político de la década del '90 estuvo signado por un error de cálculo en alguna prueba minerológica allí dentro. Lo cierto es que tiempo después, las minas fueron terminantemente clausuradas. Hoy en día, las minas abandonadas se han convertido en un particular destino turístico que atrae a más de 22.000 personas por año, dispuestas a vivir la experiencia de introducirse 70 metros bajo la tierra.

EL DESCENSO En la sede de la empresa Turismo Minero, en un extremo del pueblo, los preparativos son rigurosos. Debemos calzarnos cuidadosamente las botas, abrochar los botones del mameluco, probar la linterna del casco y guardar bien los guantes. Nos disponemos a realizar el circuito de aventuras (hay uno convencional que recorre lugares similares pero carece de la adrenalina del otro). El guía es muy meticuloso al hacer los nudos de las sogas, que deben estar bien ajustadas a nuestras piernas y cintura, para el descenso en rappel.

Un vehículo nos conduce hasta la mina a través de un paisaje vacío de la estepa patagónica, mezquino en vegetación. Una rampa baja hasta la boca de la mina, que vista desde afuera causa un poco de impresión. A medida que nos acercamos pareciera que vamos a ser tragados hasta el centro de la tierra, pero al entrar se disipan todos los miedos. El espacio es muy amplio –grandes camiones debían transitar por allí– y corren frescas corrientes de aire. Vamos por la arteria principal, que va descendiendo suavemente, mientras a los costados nacen los brazos subalternos que se excavaban a fuerza de dinamita (y no con pico y pala).

Luis, nuestro guía, amenaza con hacer explotar un cartucho de dinamita. Y efectivamente se dispone a hacerlo, pero aclara que se trata de una explosión de salva. Enciende una mecha que mantiene nuestra atención en vilo por unos instantes, y truena un estampido atroz que se va extinguiendo de a poco, como alejándose por las galerías.

Después de haber tensado nuestros tímpanos al máximo, el guía propone la experiencia opuesta: apagamos las linternas y guardamos un absoluto silencio en medio de una oscuridad sepulcral. La experiencia causa cierto pavor, y los latidos del corazón se aceleran. Pero enseguida nos acostumbramos y se expande por nuestro cuerpo un agradable sosiego que invita a prolongar ese instante por largo rato.

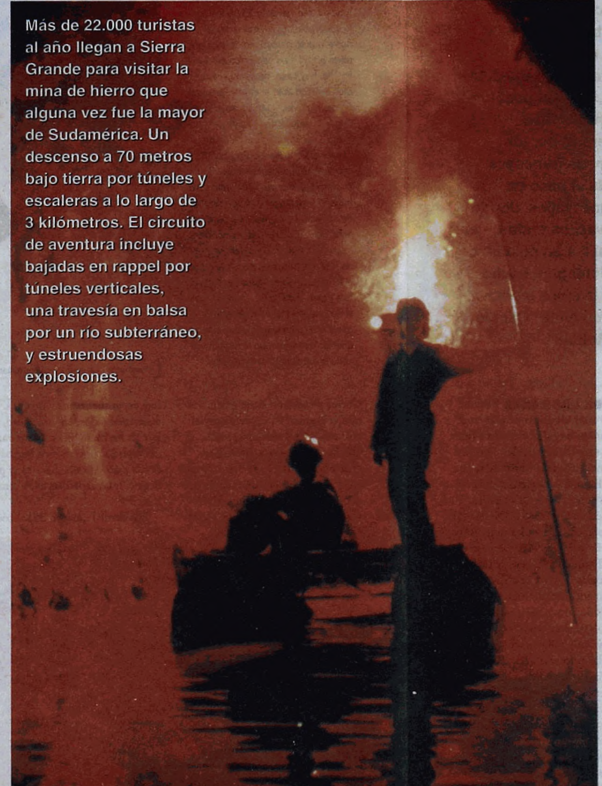
AVENTURAS SUBTERRANEAS Sin previo aviso, estamos caminando con el agua hasta las pantorrillas, casi al borde de la bota. Los mineros solían trabajar sobre pisos mojados para evitar que se levantara el polvillo que produce la silicosis (la enfermedad del minero). La mina se asemeja a un hormiguero gigante que escudriñamos con la ayuda de escaleras que suben y bajan. A la derecha nace una abertura que servía de chimenea de ventilación (un túnel vertical por el cual debemos descender 15 metros colgados de una soga, haciendo rappel). No es nada fácil decidirse a dar el saltito necesario para quedar suspendidos en el vacío –sin una pared donde apoyarse–, pero una vez allí, se descubre que, al perder el miedo, hacer rappel en ese lugar es una de las tareas más sencillas del mundo. Descendemos a una galería menor, y más adelante haremos otro rappel –esta vez con los pies apoyados en una pared de roca–, para desembocar en un túnel donde el techo se ha derrumbado, dejando un gigantesco agujero a cielo abierto. La sensación es la de estar parado en el fondo del cráter de un volcán, con nuestros ojos encandilados por una luminosidad celestial.

Otra de las experiencias palpables de este paseo consiste en tomar con las manos una manguera de presión, igual a las que se utilizaban para inundar las galerías. El guía nos advierte que apoyemos bien los pies y abre la válvula para que el agua salga a presión varios metros hacia delante, empujando nuestro cuerpo para atrás.

Luis, quien trabaja en la mina desde 1969, va relatando cómo era el trabajo allí dentro, e indica los tipos de metal que se ven a simple vista: hierro, magnetita –con su brillo de estrellas– y pirita –el oro del tonto–. Entonces ingresamos en el refugio de un antiguo Jefe de División, donde aún están su mesita y un cuaderno de anotaciones manuscritas. Ya hemos bajado 64 metros, casi sin darnos cuenta (la excursión convencional también desciende a este nivel). Ahora nos aprestamos a realizar un breve trecho por un río subterráneo, navegando en una balsa impulsada mediante pértigas. En medio de la travesía, el guía enciende una gran antorcha que chisporrotea lanzando estrellas rojas que impregnan el ambiente con el aroma de la pólvora. Ya todo el mundo se da por satisfecho con el paseo, y emprendemos el regreso por una galería donde transcurren su sueño eterno enormes martillos neumáticos y tractores abandonados.

Después de haber curioseado este laberinto subterráneo que hubiera encantado a Julio Verne, la salida a la superficie viene cargada de sensaciones donde se mezclan la adrenalina de la aventura, la melancolía de recorrer un submundo abandonado que alguna vez rebozó de actividad, y el miedo fantasmal a la oscuridad y el silencio absolutos.

El túnel donde el techo se ha derrumbado. Un gigantesco agujero a cielo abierto.



Como lo imaginó Julio Verne: navegar en una balsa por un río subterráneo.

El guía-minero muestra los metales que se ven a simple vista: hierro, magnetita y pirita.



Grandes antorchas para iluminar el camino de un viaje al centro de la tierra.

BARRIO FANTASMA

De los 23.000 habitantes que tuvo Sierra Grande hasta el momento del cierre de la compañía Hipasam, en 1991, apenas quedan alrededor de 3.000. Los lugareños rechazan el mote de "pueblo fantasma", bajo el sensato argumento de que en Sierra Grande vive gente. En los hechos, el lugar parece un pueblo tranquilo como tantos otros –quizás un poco cabizbajo–, pero en sí el aspecto general no es fantasmal. Sin embargo, sí lo es en el sector de las casas obreras que la empresa suministraba a sus empleados... no deja de ser sugestivo acercarse en la noche a un barrio enorme totalmente a oscuras, con centenares de casas vacías en perfecto estado y con los pastos crecidos.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Sierra Grande está casi en el límite con Chubut. Generalmente quienes se acercan hasta aquí contratan la excursión desde Puerto Madryn, que se vende junto con el avistaje de ballenas en Puerto Pirámide (150 kilómetros separan los dos lugares). Desde Puerto Madryn salen micros por la mañana y regresan en la tarde (cada tramo cuesta $ 5). Desde Buenos Aires se puede ir en avión a Trelew y desde allí tomar un micro a Sierra Grande.

Precios: El circuito convencional cuesta $ 15, mientras que el de aventuras $ 25. A los menores se les cobra $ 7, y la excursión se puede hacer todos los días del año, de 9 a 18 horas. Teléfonos: 02934-481212 / 4374-2221 (en Buenos Aires). Sitio web: www. turismominero.com e-mail: turismominero@infovia.com.ar

Playas: A pocos kilómetros del pueblo, unas playas semivírgenes y con aguas cristalinas, de nombre Playas Doradas, se han convertido en otro atractivo turístico para el pueblo. Cuentan con servicios básicos y son ideales para la práctica de carrovela, buceo y pesca (embarcada o en la costa). Otra excursión de un día completo es a la Meseta de Somuncura, con un paisaje de extrañas formaciones rocosas de donde brotan numerosos manantiales.

Condiciones físicas: El circuito convencional lo pueden realizar desde niños de dos años hasta ancianos de 75 que puedan caminar sin dificultad (se baja en grupos de hasta 40 personas). El circuito de aventuras lo puede realizar cualquier persona mayor de 12 años que esté en condiciones de subir una escalera de madera por una pared de rocas (se baja en grupos de no más de 30 personas y dura una hora y media).

g por los socavones

BARRIO FANTASMA

De los 23.000 habitantes que tuvo Sierra Grande hasta el momento del cierre de la compañía Hipasam, en 1991, apenas quedan alrededor de 3.000. Los lugareños rechazan el mote de "pueblo fantasma", bajo el sensato argumento de que en Sierra Grande vive gente. En los hechos, el lugar parece un pueblo tranquilo como tantos otros –quizás un poco cabizbajo–, pero en sí el aspecto general no es fantasmal. Sin embargo, sí lo es en el sector de las casas obreras que la empresa suministraba a sus empleados... no deja de ser sugestivo acercarse en la noche a un barrio enorme totalmente a oscuras, con centenares de casas vacías en perfecto estado y con los pastos crecidos.

de chimenea de ventilación (un túnel vertical por el cual debemos descender 15 metros colgados de una soga, haciendo rappel). No es nada fácil decidirse a dar el saltito necesario para quedar suspendidos en el vacío –sin una pared donde apoyarse–, pero una vez allí, se descubre que, al perder el miedo, hacer rappel en ese lugar es una de las tareas más sencillas del mundo. Descendemos a una galería menor, y más adelante haremos otro rappel –esta vez con los pies apoyados en una pared de roca–, para desembocar en un túnel donde el techo se ha derrumbado, dejando un gigantesco agujero a cielo abierto. La sensación es la de estar parado en el fondo del cráter de un volcán, con nuestros ojos encandilados por una luminosidad celestial.

Otra de las experiencias palpables de este paseo consiste en tomar con las manos una manguera de presión, igual a las que se utilizaban para inundar las galerías. El guía nos advierte que apoyemos bien los pies y abre la válvula para que el agua salga a presión varios metros hacia delante, empujando nuestro cuerpo para atrás.

Luis, quien trabaja en la mina desde 1969, va relatando cómo era el trabajo allí dentro, e indica los tipos de metal que se ven a simple vista: hierro, magnetita –con su brillo de estrellas– y pirita –el oro del tonto–. Entonces ingresamos en el refugio de un antiguo Jefe de División, donde aún están su mesita y un cuaderno de anotaciones manuscritas. Ya hemos bajado 64 metros, casi sin darnos cuenta (la excursión convencional también desciende a este nivel). Ahora nos aprestamos a realizar un breve trecho por un río subterráneo, navegando en una balsa impulsada mediante pértigas. En medio de la travesía, el guía enciende una gran antorcha que chisporrotea lanzando estrellas rojas que impregnan el ambiente con el aroma de la pólvora. Ya todo el mundo se da por satisfecho con el paseo, y emprendemos el regreso por una galería donde transcurren su sueño eterno enormes martillos neumáticos y tractores abandonados.

Grandes antorchas para iluminar el camino de un viaje al centro de la tierra.

Después de haber curioseado este laberinto subterráneo que hubiera encantado a Julio Verne, la salida a la superficie viene cargada de sensaciones donde se mezclan la adrenalina de la aventura, la melancolía de recorrer un submundo abandonado que alguna vez rebozó de actividad, y el miedo fantasmal a la oscuridad y el silencio absolutos.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Sierra Grande está casi en el límite con Chubut. Generalmente quienes se acercan hasta aquí contratan la excursión desde Puerto Madryn, que se vende junto con el avistaje de ballenas en Puerto Pirámide (150 kilómetros separan los dos lugares). Desde Puerto Madryn salen micros por la mañana y regresan en la tarde (cada tramo cuesta $ 5). Desde Buenos Aires se puede ir en avión a Trelew y desde allí tomar un micro a Sierra Grande.

Precios: El circuito convencional cuesta $ 15, mientras que el de aventuras $ 25. A los menores se les cobra $ 7, y la excursión se puede hacer todos los días del año, de 9 a 18 horas. Teléfonos: 02934-481212 / 4374-2221 (en Buenos Aires). Sitio web: www. turismominero.com e-mail: turismominero@infovia.com.ar

Playas: A pocos kilómetros del pueblo, unas playas semivírgenes y con aguas cristalinas, de nombre Playas Doradas, se han convertido en otro atractivo turístico para el pueblo. Cuentan con servicios básicos y son ideales para la práctica de carrovela, buceo y pesca (embarcada o en la costa). Otra excursión de un día completo es a la Meseta de Somuncura, con un paisaje de extrañas formaciones rocosas de donde brotan numerosos manantiales.

Condiciones físicas: El circuito convencional lo pueden realizar desde niños de dos años hasta ancianos de 75 que puedan caminar sin dificultad (se baja en grupos de hasta 40 personas). El circuito de aventuras lo puede realizar cualquier persona mayor de 12 años que esté en condiciones de subir una escalera de madera por una pared de rocas (se baja en grupos de no más de 30 personas y dura una hora y media).

La Pasión según Antigua

Durante tres días, los habitantes de Antigua cubren con alfombras de flores, semillas y aserrín coloreado las calles por donde pasarán las procesiones. El fervor místico en la ciudad que preservó las casonas y calles empedradas de la época colonial y que sigue siendo el lugar más visitado, junto con Tikal y el lago de Atitlán, por los turistas extranjeros que llegan a Guatemala.

Guatemala "es" un país tropical. Su clima, sus costas y el color de sus verdes montañas y valles son tropicales y, como tal, puede visitarse en cualquier época del año. Aunque quizá una de las mejores oportunidades para conocer este país centroamericano sea a fines de marzo, cuando comienza la Semana Santa guatemalteca. Si bien las celebraciones se realizan en todo el territorio, el lugar más convocante es, sin duda, Antigua, la ciudad colonial que, como recuerda su nombre, fue la antigua capital de Guatemala.

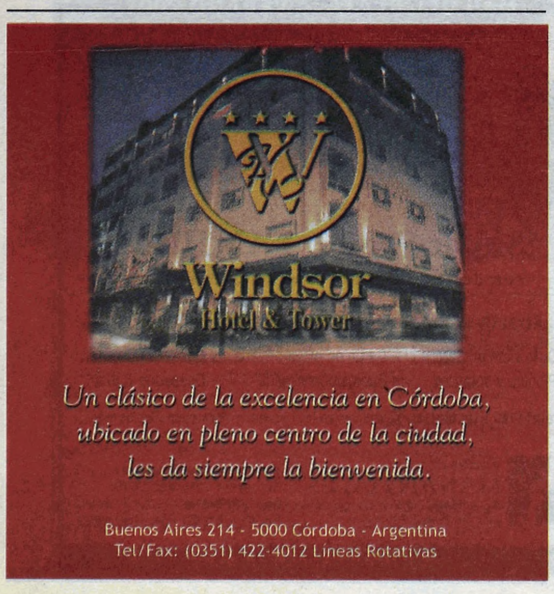


Meses de trabajo para preparar las floridas y coloridas alfombras.

En esos tres días de Semana Santa, un olor a incienso y aserrín impregna el aire de Antigua; el color morado opaca los ocres y rojos de sus casonas y las calles se convierten en alfombras de pétalos de flores con creativos diseños. Con místico fervor, los pobladores de la ciudad preparan las escenográficas procesiones que recrean la historia de la Pasión. Desde la madrugada del viernes, cientos de hombres vestidos de púrpura caminan lentamente cargando figuras del Cristo crucificado sobre sus hombros. A las tres de la tarde, las calles se oscurecen: todas las ropas son negras. Familias enteras vestidas de luto deambulan en procesión al ritmo de música sacra. Ese día, Antigua permanece en vigilia, como si los siglos no hubiesen transcurrido. Las velas iluminan la noche prescindiendo de la modernidad... y de los turistas europeos y guatemaltecos que llenan todos los hoteles y asisten como peregrinos-espectadores a esta expresión religiosa y multitudinaria.

El sábado despierta a los visitantes con el delicioso aroma de las típicas torrejas (masas fritas bañadas en mieles de azúcar) y buñuelos hechos con banana molida y frijoles negros, que llega desde los innumerables puestos callejeros. Los colores vuelven a surgir y la ciudad se transforma en una gran romería que culmina con la fiesta del domingo. Nadie escapa a la Pascua en la que todos los habitantes de Antigua han contribuido a engalanarla, preparando durante meses el diseño de las alfombras, tan fantásticas como fugaces. Cuando llega el día, vecinos, amigos y también turistas arman pacientemente el rompecabezas de polvo y pétalos de flores, aserrín teñido de diversos colores, frutas, verduras, semillas y ramas de pino que forman los efímeros tapices que cubren las calles por donde pasarán las procesiones.

Con el fin de la Semana Santa, la ciudad recupera su calma ancestral. En la Plaza Mayor, lugareños y turistas se sientan en los bancos y cafés a esperar el atardecer, mientras el aire se llena de música. Los visitantes recién llegados recorren sus calles empedradas bordeadas de casas bajas y casonas que en la época colonial fueron palacios de duques y marqueses. Rodeada por volcanes, Antigua es una joya del pasado en el corazón de Guatemala.



POR GRACIELA CUTULI

Biarritz es el balneario de los emperadores y los zares. Un pedazo de playa del País Vasco francés donde vivieron su apogeo y decadencia las grandes familias que hicieron Europa en el siglo XIX. Pero también Bayonne y sus museos, la pintoresca Saint-Jean-de-Luz y los pueblos de la montaña. Un itinerario por los Pirineos franceses hasta el paso de Roncesvalles, donde las vascos mataron en batalla a un paladín de Carlomagno, hecho que la épica medieval recreó en la "Canción de Roldán".

Si no fuera por Eugenia de Montijo, emperadora francesa, esposa de Napoleón III, Biarritz no sería hoy día más de que lo que era antes de que ella lo pusiera de moda: un mero pueblito de pescadores, arrinconado en un bonito lugar de la costa vasca francesa, donde los últimos relieves de los Pirineos se topan con el Atlántico.

Si hoy día las ciudades de Bayonne y Biarritz no forman más que una sola gran aglomeración urbana, en el año 1838 el camino para llegar desde Bayonne se hacía a lomo de burro, y es así que aquel año, durante su primera visita, Eugenia y su madre –la condesa de Montijo– llegaron hasta sus playas enmarcadas entre las rocas para disfrutar de esa nueva moda que se difundía poco a poco entre las familias ricas de Europa: los baños de mar.

EL BALNEARIO DE LOS EMPERADORES... Eugenia vuelve a Biarritz en 1854, cuando ya es emperatriz de los franceses, después de haberse casado con el presidente que se convirtió en emperador: Napoleón III (aquel a quien Víctor Hugo calificaba de "Pequeño Napoleón"). Esta visita sellará el destino del pueblito: Napoleón se entusiasma con la belleza del lugar y hace construir la Villa Eugenia, un inmenso palacio sobre las arenas de la playa principal, en un estilo que influiría años más tarde en la construcción del casino y el Hotel Provincial de Mar del Plata, como dos construcciones gemelas a ambos lados del Atlántico.

Hoy día este palacio es un hotel de lujo, pero hoy como ayer –cuando recibía la corte de aquel efímero e industrial Segundo Imperio Francés– es uno de los mejores hospedajes de Francia. Combina el lujo con la discreción, por lo que es un lugar elegido y privilegiado por el jet-set internacional.

Actualmente, desde las terrazas del hotel es difícil imaginar lo que fue el pueblito de pescadores de los tiempos de Eugenia. La ciudad invadió las barrancas rocosas y las planicies, y los timoratos bañistas del siglo pasado dejaron lugar a los atrevidos surfers de hoy. Para recordar los tiempos de antaño, hay que llegar al viejo puerto, que protege todavía un puñado de barcas de pescadores en un rincón abrigado entre las rocas, al borde del cual se levantan algunas casitas bajas que sirven tanto de talleres como de almacenes o locales para turistas.

... Y DE LOS ZARES Biarritz volvió a ser el centro de una corte de manera singular, cuando a fines de la segunda década del siglo XX algunos de los miembros de la familia Romanov eligieron *aliviar* allí las condiciones de su exilio, después del asesinato de Nicolás II, la emperatriz Alejandra y sus cinco hijos. La princesa Paley, esposa del Gran Duque Paul, uno de los tíos de Nicolás II, vivía con sus hijas entre mansiones de Biarritz y de París: uno de sus nietos, Michel, el último zarevich, nacido en Francia, vive hoy todavía en la ciudad.

De las primeras décadas del siglo, Biarritz recuerda, además de estos excéntricos personajes cuya nobleza no escondía los problemas económicos, el trazado de sus elegantes bulevares, que ofrecen hermosas vistas sobre el mar.

Ya en aquellos tiempos existía el Rocher de la Vierge (Roca de la Virgen), una de las mayores curiosidades de la costa. Se trata de una roca aislada en el mar, conectada a tierra por una pasarela de madera que no se puede transitar debido al mal tiempo y el fuerte oleaje, sobre la cual se instaló una estatua de la Virgen. Fue Napoleón III quien tuvo la idea de erigir este peculiar monumento y colocar la estatua. Enfrente, se levanta otro de los sitios que vale la pena conocer: el moderno Museo del Mar, una interesante colección de acuarios con la fauna marina del Atlántico cuyo techo es una pileta donde viven algunas focas. Desde allí hay una linda vista sobre la Roca, siempre maltratada por las olas aun en tiempos de mar tranquilo. No en vano las playas de Biarritz se convirtieron en las más importantes de Europa para el surf. Ahí el mar siempre tiene carácter, el mismo que los ilustres turistas o exiliados que llegaron a sus costas, el mismo que necesitan los surfers para domar los caprichos del oleaje.

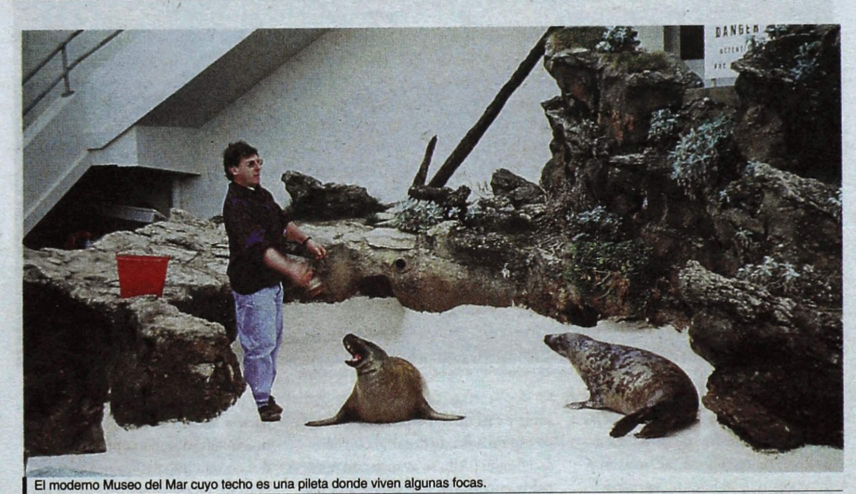


BIARRITZ *El origen aristocrático de la playa francesa*

La Riviera imperial

Roca de la Virgen. Aislada en el mar, está conectada a tierra por una pasarela de madera.

LA COSTA VASCA FRANCESA Saliendo de Biarritz, toda la costa vasca francesa es atractiva para el turismo, sobre todo por la belleza de los pueblos y una suavidad de clima que la hace visitable durante todo el año. Del otro lado de la frontera, es sabido, San Sebastián es la perla española que compite con las ciudades galas: la población vasca en España, de todos modos, es mucho más numerosa y se beneficia de una autonomía que el estricto centralismo francés no permite de este lado de los Pirineos. Para interiorizarse un poco sobre la cultura local, que los lugareños defienden a capa y espada, se puede visitar el Museo Vasco de Bayonne, la capital del País Vasco francés, una ciudad de larga historia ya que era un importante centro de comunicaciones en época romana. Resultará una delicia para la vista una visita al Museo Bonnat, que alberga obras de Leonardo Da Vinci, Poussin, Rembrandt, Goya e Ingres, pero para disfrutar otros aspectos de la cultura local hay que hacer una prueba gastronómica: no se pueden dejar de lado los cafés de la calle del Pont-Neuf, donde se sirve la especialidad de Bayonne, chocolate caliente, o bien una buena porción del jamón local.



El moderno Museo del Mar cuyo techo es una pileta donde viven algunas focas.

Otro de los lugares-faro de la costa vasca es Saint-Jean-de-Luz, famosa por una canción del cantante de operetas Luis Mariano y por los espléndidos platos de calamares en su tinta que sirven las tabernas del puerto. Tiempo atrás, el pueblo era visitado sólo por pescadores de ballenas, que encontraban refugio en la bahía natural de Saint-Jean-de-Luz y sus playas seguras. Hoy día, las ballenas dieron paso al atún y las anchoas, una pesca invernal que anima el puerto y la zona en torno de la iglesia de San Juan Bautista. Saint-Jean-de-Luz es una ciudad cálida y cordial, pintoresca, que encontró en el turismo un excelente recurso para el desarrollo. Todos los visitantes destacan la alegría del lugar y la bonhomía de su gente; tal vez haya notado lo mismo el joven Luis XIV el día de su boda, en este lugar, con la infanta María Teresa. El portal de la iglesia bajo el cual pasaron el rey y su novia tras el mandato de boda negociada por el astuto Mazarino fue tapiado, porque nadie debía volver a utilizarlo ("el Estado soy yo", diría luego el rey...). Sin embargo, al menos una placa recuerda el lugar donde se encontraba. En busca de las huellas del rey, también se visita la Casa Luis XIV, donde se albergó el monarca durante su estadía en Saint-Jean-de-Luz.

MONTAÑA Y PUEBLOS Saliendo de la fastuosa Biarritz o de la colorida Saint-Jean-de-Luz, hay muchos otros lugares de interés sobre los Pirineos. Basta mencionar Ciboure, la ciudad natal de Maurice Ravel, el pueblito de Aïnhoa –fundado como posta en el largo itinerario a Santiago de Compostela– o el pueblo de Sare, no apto para vértigos gracias a un trencito que lleva a los turistas hasta una de las cumbres para apreciar la extraordinaria vista sobre los picos cercanos. A cada paso, la región revela atracciones para los amantes de la naturaleza, que gozan aquí de lugares ideales para paseos por las montañas, pero también para los aficionados a la historia. Para ellos, vale la pena pasar por el pueblo de Orthez, donde nació Jeanne d'Albret. Fue la madre del rey de Francia Enrique IV, aquel para quien "París bien valía una misa", aun traicionando los mandatos de su progenitora, cuya ferviente conversión a la fe reformada fue una de las causas que arrastraron al reino de Navarra a las Guerras de Religión.

No menos emotivo resulta conocer Saint-Jean-Pied-de-Port, puerta de acceso al paso de Roncesvalles, donde los vascos mataron en batalla a uno de los jefes del ejército de Carlomagno. La literatura y la tradición convirtieron luego a los vascos en moros y al personaje, en sobrino del emperador: así nació la *Canción de Roldán*, una de las grandes gestas de la literatura medieval europea. ■



El viejo Puerto de Pescadores. Uno de los pocos lugares que conserva la imagen de otros tiempos.

EGIPTO *Visita a las pirámides*

Keops y la Esfinge

Image Bank

Vivencias y experiencias de un escritor francés del siglo XIX ante las pirámides de Giza. El colosal mausoleo de Keops y un accidentado descenso a la cámara del faraón. La imponencia de la Esfinge, el símbolo más antiguo de Egipto, y la extraña melancolía de su cara mutilada.

Ante la monumental pirámide de Keops, los caballos parecen minúsculas hormigas al galope.

POR EDOUARD SCHURÉ *

Todavía reinan en el país, y desde lejos, obsesionan a los habitantes de Egipto y a los viajeros, las viejas pirámides de la cadena líbica, marcando las necrópolis de Zauyet-el-Aaryan, Abusir, Saqqara y Daschur. Desde la cima polvorienta del Moqattam como desde los distritos más poblados de la ciudad, desde el cabo de la isla de Raudah y desde el *dahabieh* que remonta el río, se las divisa negras, amarillas o purpúreas, según la hora del día, pero siempre inmutables en su forma triangular, centinelas de piedra que señalan el camino del Alto Egipto. Vistas desde el puerto del viejo El Cairo, las de Gizeh parecen tres tiendas instaladas en fila, una detrás de otra. Se cruza el magnífico y largo puente de alambre de Kasr-el-Nil y las soberbias avenidas de sicomoros de Gezireh; se cruza el otro brazo del río y se llega a la gran calzada plantada de acacias que conduce directamente a la pirámide de Keops. Esta empieza a aumentar de tamaño, ocultando a sus hermanas rivales. Los mercados de los fellahs, que animan los bordes de la calzada con sus asnos, sus montones de naranjas y caña de azúcar, han desaparecido. A ambos lados ya sólo se divisa la inmensa llanura verde y germinante; tierra fértil de aluvión, tan extensa, tan uniforme, que ríos, canales, poblados y jardines se confunden en ella, hundiéndose bajo la realeza de la gran línea horizontal. Pero ante nosotros, entre los espesos follajes de los árboles, se eleva desmesuradamente el colosal mausoleo. Bruscamente, cesa la verdura y la pirámide se levanta sola, libre, imponente contra el claro cielo, sobre la desnuda meseta por la que asciende un camino de arena blanca. (...)

Ya es sabido con qué arte el faraón consiguió parapetar y esconder su morada suprema. No sólo la entrada de la tumba estaba disimulada por la superficie uniforme del revestimiento de granito, sino que el corredor descendente estaba destinado a engañar a los futuros profanadores, toda vez que terminaba en una falsa cámara inacabada, como una especie de callejón sin salida. (...) En el peldaño décimo octavo de la gigantesca escalinata, se abre un agujero negro, a cuarenta y cinco metros del suelo. Está protegido por un frontón compuesto por dos enormes bloques de roca formando ángulo obtuso. Como el corredor sólo mide un metro de alto, hay que inclinarse mucho para penetrar en él. Tales son las horcas caudinas de esta tumba real. Apenas algunas entalladuras groseras en el pérfido declive de las relucientes losas. Se resbala, se cae, se avanza en tobogán. Finalmente, se rueda por una especie de pozo tenebroso. Nada de luz en ese agujero mal alumbrado por las pobres velas oscilantes que se sostienen cuando se tropieza al avanzar. A muchos viajeros, al llegar a este punto, les falta el valor y dan media vuelta jadeantes, la cabeza congestionada, en dirección a la salida donde brilla la luz liberadora. Pero el que desea alcanzar el corazón de la pirámide debe hacer acopio de todas sus fuerzas. Hay que subir y casi doblarse por una especie de espiral a fin de llegar al corredor ascendente. Allí, se avanza con la espalda encorvada, y se vuelve a trepar por las tinieblas con su cabo de vela. Un calor espantoso se agarra a la garganta, y aumenta a cada paso, y uno se asfixia. Es como si la mampostería compacta de la pirámide pesara sobre el pecho y fuera a aplastarnos. De repente, el corredor asciende. Un hilo de aluminio iluminado permite ver una galería majestuosa, alta de ocho metros, cuyas capas superiores avanzan en saledizo. Ya se respira, y uno acabaría por creer hallarse a la entrada de un templo magnífico, si hubiera peldaños tallados en esta resbaladiza pendiente. Pero se trata solamente de unas ligeras entalladuras a la distancia de un metro, por lo que se adelanta con gran dificultad, con frecuentes caídas, a menos que a uno lo sostengan los beduinos que trepan como gatos por este corredor fantástico. Las piedras sin cementar están maravillosamente bien ajustadas, de modo que entre ellas no cabría ni un alfiler, y todas las superficies relucen como espejos. Por fin, el camino se aplana; se cruza el vestíbulo y se penetra en el panteón real, que mide diez metros de largo por cinco de alto y de ancho. Está completamente desnudo. Ni una figura, ni una inscripción en los muros. Un sarcófago vacío y mutilado, sin tapa. La muerte sin frase. (...)

Mas pasemos a la esfinge. Su grupa, con una extraña blancura, se dibuja bajo el pleno sol del mediodía. No está totalmente libre de la arena que sin cesar trata de cubrirla, pero su cabeza, encuadrada en las alas del Klaft, emerge colosal de las ondas del desierto. Descendemos por el pequeño valle para contemplar desde abajo y de frente al monstruo que los árabes han llamado *Abul-Hol*, el padre del Terror. Allí aparece toda su grandeza. Tiene como un pequeño templo entre sus garras extendidas; son las tres estelas de Tutmosis. La nariz está aplastada, pero el soberbio arco de los ojos conserva en la cara una expresión única de melancolía en la majestad.

Mejor que ningún dios, éste ha guardado los secretos de su origen, que retrocede en la noche de los tiempos a medida que avanzan las investigaciones. Sabemos por la estela hallada por Mariette, que la esfinge es anterior a Keops y probablemente al primer faraón. En ella nos habla, pues, el símbolo más antiguo de Egipto. (...)

Tras una velada pasada en el hotel *Mena House*, donde unos zíngaros han interpretado sus melodías melancólicas y alocadas, que parecen querer evocar todas las pasiones, fui a contemplar de nuevo la esfinge al claro de luna. Uno de los lados de la gran pirámide estaba sumido en la sombra. Su triángulo de un negro opaco cortaba el límpido y lechoso azul de la noche. El otro relucía con una blancura mate y tranquila. La esfinge, por su parte, me pareció más imponente y como transfigurada. Sus rasgos mutilados se recomponían bajo la magia lunar. (...)

Volví a la terraza del hotel. El aire refrescaba. La gran tienda vibraba al viento del este. Me senté debajo sin poder desprenderme de la emoción grandiosa del lugar, que parece el santuario de lo Absoluto, ni del encanto insinuante de esta noche clara, de este ambiente paradisíaco. Sólo algunas cortas ráfagas interrumpían el silencio musical, en el que todos los recuerdos se sosiegan, se clarifican y se armonizan en la paz del desierto...

* Relato incluido en *Viaje al Egipto milenario*. Selección, edición y notas: Jorde Groh. Ediciones Abraxas, 2000. Barcelona, España.